

do, cuyos fallos morales sin fuerza coercitiva superan y vencen todas las coacciones; habia ganado su litigio ante la conciencia humana y ante la historia universal. Los siglos sucederán á los siglos, las generaciones sustituirán á las generaciones, levantaránse como eterna vegetacion unos pueblos sobre la tumba de otros pueblos, y mientras en la memoria humana queden estos grandes anales, que registran y juzgan los hechos, habrá maldiciones eternas, lanzadas por el corazon de las madres, por la piedad de los hijos, por todos los sentimientos mas humanos, sobre el monstruo, cuya voluptuosidad se sacia á costa de todo, de los lazos indisolubles que ha anudado ante Dios y de la hija inocente que ha recibido del cielo, superior á los hombres por su dignidad, inferior á los animales por su naturaleza. La fuerza de la súplica dirigida por la Reina, cuya mayor elocuencia consistia en la sencillez de su verdad, ganó hasta el ánimo de su propio esposo, el cual, confuso, desconcertado, herido de remordimientos, solo se atrevió á murmurar estas palabras con aire antes de quien pide perdon que de quien pide justicia: «Puesto que la Reina se retira, declaro milores, que siempre fué obediente, y fiel esposa, tal como yo podia haberla soñado. En verdad os digo que tiene cuantas virtudes son en toda mujer deseables. Noble por su nacimiento, es todavía mas noble por su naturaleza.» Despues de dicho esto, que convertia indudablemente al acusador y al soberano en reo; los mayores enemigos de Catalina pensaban cómo esta mujer, tan piadosa y veraz, podía en aquel su desahogo invocar el testimonio celeste, si no estaba de la asistencia del cielo completamente segura. Al decir Catalina que recusaba fundadamente á uno de sus jueces, todos los ojos se convirtieron al lugar donde estaba Wolsey y le abrasaron en una indignacion que nadie hubiera podido reprimir en el mundo. Las reconvencciones dirigidas por aquellas miradas escudriñadoras debian tener tanta fuerza que Wolsey se creyó en la necesidad de balbucear tambien algunas excusas y de decir que no era él quien promoviera tan terrible asunto. La verdad ingenua, la inocencia sencilla, la virtud austera, el derecho eterno se habian sobrepuesto á todas las maquinaciones y habian vencido y sojuzgado todas las tiranías.

La naturaleza con su incontrastable imperio habia sobrepujado todos los obstáculos y se habia impuesto á todos los poderes. Pero, en cuánto el capri-

cho régio tornó á levantarse, allá en las cumbres del trono, tentadoras al vértigo; la perversa voluntad de Enrique VIII se avergonzó de la virtuosa sumision á su conciencia. Antes de acabarse la misma sesion importantísima, en que la Reina con tanto fervor hablara, el instinto de Enrique VIII, tan avieso, venció á su razon y á su juicio, constriñéndole á excusarse de los buenos movimientos de su voluntad como si fueran crímenes. En tal estado, comenzó á repetir la extensa letanía de razonamientos, mas ó menos fingidos, con que cohonestaba su avasalladora pasion. Que el obispo de Tarbes despertó sus escrúpulos; que la muerte súbita de sus pequeñuelos las creyó advertencias celestes; que no podia dormir en paz desde que se consideraba en brazos de una mujer inocente, pero incestuosa, como la griega Yocasta; estas y otras muchas reflexiones volvieron á surgir en pedantesco discurso, cuya fria escolástica contrastaba tristemente con las elocuentísimas y naturales palabras de la Reina. Accidente imprevisto, demostró cómo queda siempre, allá en el fondo de la naturaleza humana, algun rescoldo y alguna pavesa de justicia. No contento el Rey con citar toda su antigua y escolástica argumentacion á favor del divorcio, citó tambien el sentir y el parecer favorable de algunos prelados, entre ellos, del íntegro de Rochester, que estaba presente. Oida tal imputacion, este se defendió con energía y la negó con claridad. El Rey entonces le mostró un papel dado en contestacion á sus consultas por el arzobispo de Cantorbery, en el cual constaba su firma y su sello. Poco trabajo hubo de costarle mostrar la falsificacion, pues hasta el falsificador convino en ella, no sin que el Rey se mordiese los labios y guardase para mas oportuno momento la satisfaccion de su venganza.

El divorcio llegó á tratarse así en las reuniones eclesiásticas como en las tertulias aristocráticas, de tal suerte que parecia Inglaterra un burdel inmenso. La espinosa cuestion acerca de si el matrimonio de Arturo y Catalina se consumara ó no, daba materia triste á las mas soeces conversaciones. Rochester y Wolsey llegaron á insultarse acremente por una disputa sobre tal género de consideraciones. En los conventos se hablaba con igual cuidado que en las mancebías. Tanto escándalo atormentaba cruelmente á un déspota sin freno, cuyos caprichos refrenaba en aquella ocasion la tradicional argucia del derecho canónico. Cansado ya de esperar, molido á los golpes de tantas murmuraciones,



malcontento de su propia espera que achacaba en lo íntimo de su sér á incurable debilidad, llamó, concluida la primera sesion del tribunal, á Wolsey, y le puso con sus invectivas y con sus amenazas de tal suerte que el cardenal hubiera deseado ver la tierra bajo sus plantas abrirse y tragárselo para siempre. La idea, que mas atormentaba el ánimo de Enrique, la idea que no le permitia punto de reposo, la idea que le quitaba el sueño todas las noches, era la incontestable superioridad resultante de la firmeza de Catalina sobre su propio apocamiento. Así es que deseaba persuadirla con todo género de razones á que se sustrajese al proceso y renunciase por sí misma, y en virtud de los impulsos de su voluntad, al nombre de esposa y al título de Reina. Pero desconocian á Catalina quienes aguardaban tal debilidad de su entereza. Su honra, su nombre, la estirpe de quien descendía, la hija de sus entrañas, la orgullosa nacion á quien debiera la vida, innumerables razones le vedaban toda transaccion.

Los legados, á fin de acelerar la terminacion del asunto, presentáronse de nuevo en las habitaciones de Catalina. Pertenecia la esposa de Enrique VIII á esa estirpe de mujeres que, sin olvidar la cultura del alma, cultivan tambien los quehaceres y trabajos de la casa. En su desolacion la fuerte y hacendosa Catalina daba la mayor parte del dia con toda tranquilidad á las labores propias de su sexo y á la educacion literaria de su hija. Sobre la persona de esta tierna niña, esperanza que la ataba con cadenas de ilusiones al mundo, reconcentrábanse todos los afectos de aquel corazon ardiente de suyo y probado por todos los infortunios. La varia y profunda instruccion de la princesa de Gales mostraba mucho mas que ningun otro monumento el ánimo y la inteligencia de su madre, tan experta en bordados como en lecturas. Austera en sus costumbres, en sus ideas estoica, dotada del valor propio de un guerrero y sin embargo resignadísima y paciente como cumple á la complexion de una mujer, Catalina habia impreso en su heredera, heredera tambien del trono de Inglaterra, la virilidad de su ánimo y el esplendor de su inteligencia. Dos maestros le buscó en su solicitud, capaces de instruirla en todas las ciencias, que privaban por aquellos ilustres tiempos. Era uno el médico y filólogo Linacre, ornamento de la corte; era otro, el filósofo y humanista, Luis Vives, ornamento de la humanidad. En su cuidado maternal trataba Catalina de que

los libros de caballería y las novelas de enredo no cayesen jamás en manos de su hija. Antes, mucho antes de que el primero entre todos nuestros ingenios, ahuyentara con los conjuros de su sátira, los fantasmas caballerescos y feudales, propios de la Edad media, por consejos de Vives, renovador de la ciencia, los ahuyentaba Catalina del ánimo de su hija. Los santos Evangelios, las Actas de los apóstoles, las Epístolas de San Jerónimo, los tratados de San Agustin, las obras de Ciceron, las tragedias de Séneca, las Vidas de Plutarco, las disertaciones de Erasmo, la Utopia de Moro, daban toda su copia de ideas y toda su belleza de estilo al pensar y al decir de la Princesa egregia. Docta en griego, conocedora del latin hasta hablarlo correctamente así en público como en privado, rica en los tesoros de las lenguas vivas, gran música, traducía en edad bien tierna los rezos de Tomás de Aquino con los comentarios de Erasmo de Rotterdam. Para conseguir semejante resultado, necesitaba Catalina pasar absorta su existencia en el hogar. Así, el dia de que vamos hablando, encontráronla en su habitacion los legados, entregada por completo á los trabajos propios de su sexo, tanto, que como le dirigieran ambos la palabra con motivo de los gravísimos negocios, sobre los cuales querian fijar su régia atencion, mostróles la hebra de seda pendiente de su cuello y la humildad y modestia de sus ocupaciones y de sus trabajos. Despues de esta observacion pasaron á próxima estancia, y controvertieron de nuevo el ya tantas veces controvertido divorcio.

Catalina, en vez de mostrarse acobardada ó rendida, mostróse de una entereza y de una resolucion varoniles, deferente hácia Campeggio, altiva con Wolsey. El corazon le dictaba los argumentos incontestables, con que sostenia su carácter de legítima esposa; y la inteligencia le dictaba tambien los argumentos con que sostenia su carácter de legítima Reina. Sobre todo, sublimábala con verdadera sublimidad aun á los ojos mas vulgares, el valor que tomaba en el santo ministerio de madre. Aunque pudiera por ella misma renunciar al vínculo, que con Enrique VIII la juntaba, no podia, no, por su María, víctima de un padre sin entrañas, que la entregaba sin vacilar á eterno vituperio y afrenta eterna. Al relámpago de semejante idea, Catalina se trasfiguraba, pareciéndose á las diosas antiguas, que sobre su rubia cabellera y en su delicada mano ponian el casco y la lanza de Marte. Díjole, pues, de



nuevo al cardenal, que le tomaba por el autor de todas sus desgracias, por el áulico de las pasiones régias, por el tercero de los amores adúlteros, anheloso de vengar el que le hubiera creído ella un tirano y no le hubiera el Emperador, su sobrino, hecho Papa. Intentó replicar Wolsey; pero la Reina le impuso con tal autoridad silencio, que ambos prelados se retiraron atónitos y sin decir una palabra, bajo el peso abrumador de aquella irrevocable negativa.

Comenzó de nuevo el triste litigio. Examináronse los testigos. Viejos servidores de Catalina y Arturo osaron presentarse á deponer contra sus amos. La tesis propuesta en contienda testimonial aparecía erizada de espinas. Tratábase de saber si el matrimonio de Catalina con Arturo se había ó no consumado. ¡Cuántos secretos de fisiología, misterios de alcoba, cuentos de salon, hablillas de mundo, escándalos de corte! Tal duque dijo que, asistiendo al día siguiente de la boda, en palacio, al gozoso almuerzo de los príncipes, había notado todas las señales, que acusan una larga noche de amor. Tal escudero de Arturo declaraba que reparó el príncipe de Gales sus fuerzas con bebidas espirituosas y dijo haber pasado las horas anteriores al día, no en la húmeda Inglaterra, sino en la cálida y poética España. Desdentadas señoras, de esas rugosas como los pergaminos de su nobleza, decían, sin rubor y sin vergüenza, que, para ellas, el matrimonio primero de Catalina se había consumado completamente. Y consejeros áulicos del Rey recordaban que este, al morir su hermano primogénito, no pudo tomar el título correspondiente á los herederos de la corona, por recelo de que pudiera parir su cuñada otro heredero mas legítimo. Despues de estas declaraciones, los abogados de Enrique VIII, convenidos de antemano con él, volvieron á la carga, repitiendo todos sus argumentos, las citas del Levítico, la imposibilidad de que bulas del Papa derogasen decretos del Eterno, la excepcion de antiguo presentada con grande insistencia y tenacidad á la dispensa de Julio II, la circunstancia de que esta dispensa fué dada por el Pontífice á instancias de un jóven de trece años, edad que contaba entonces Enrique VIII, quien como príncipe de Gales y para casarse con su cuñada la pedia, esta circunstancia y otras muchas eran atentatorias todas ellas, segun el sentir de los cortesanos, á la legitimidad del matrimonio.

Al fin pusieron á Campeggio, agotados todos los recursos del procedimiento, en la necesidad de dar sentencia. El legado comenzó, usando los expedientes del mal pagador, á remitir para otro día las soluciones de tamaño asunto. Cuando mas le apuraban para que pusiese un plazo á sus dilaciones, ponía otro; y alargaba la terminacion allende lo necesario. Por fin llegó el día de dar la sentencia. Los duques mas poderosos de la corte asistieron á este acto solemne. La majestad del Rey mismo se deslizó en tribuna colocada frente de los jueces, para oír de oculto la sentencia tanto tiempo anhelada. Sentáronse los jueces en su elevado sitial; reprimióse el aliento de la concurrencia, y se fijaron las miradas en el legado pontificio, que iba en tal hora solemne á decir los oráculos de la papal palabra. Situacion dramática la situacion de Campeggio. Si negaba el divorcio, destruida resultaba la autoridad del Papa en Inglaterra por el cisma de antiguo amenazante; si afirmaba el divorcio, destruida la persona del Papa Clemente VII por el poder de Carlos V. Así no se oía en aquella sala volar una mosca en el instante de alzarse Campeggio á decir su última palabra. Por la gota enflaquecido y aquejado; al levantarse, vaciló, y todos hubieran querido sostenerle; tosió, y todos hubieran querido alentarle con el propio aliento. Abrió sus labios y dijo, que, estando en 23 de julio, y siendo el 24 comienzo de las ferias romanas, en que vacaban los tribunales, no podía dar, por causa de estas vacaciones, ninguna sentencia. Un rayo no asombrara tanto al concurso como la inesperada salida. Proceloso rumor llenó los aires. Los mas optimistas se persuadieron de que no había en el asunto salida posible. Rugió el Rey desde su escondite, sintiendo la apoplejía de la cólera y el vértigo de la rabia en su desvanecida cabeza. Dijeron los cortesanos injurias varias al Papa y á su legado. «Cuerpo de Cristo, exclamó Suffolk, bien dice el antiguo refran, que siempre sus desgracias le vinieron á Inglaterra por los legados y por los cardenales.» «¡Ah! exclamó Wolsey contestando á esta imprecacion, sin un cardenal de la romana Iglesia no tendriais la cabeza sobre los hombros.»

Todos los actos del monarca demostraron, desde aquella hora terrible, un propósito: separarse de Roma y tomar venganza de los legados pontificios, por lo menos, del legado Wolsey. Despues de semejante escena, cuando este se presentaba en la corte, podía deducir de la triste actitud de los cortesanos